

Greg James • Chris Smith

SUPER NORMAL

CONTRA LOS
MEGAMALVADOS



RBA



SUPER NORMAL

CONTRA LOS
MEGAMALVADOS

Greg James • Chris Smith

Ilustraciones de Erica Salcedo

Traducción de Mireia Rué

RBA



Título original inglés: *Kid Normal and the Rogue Heroes*.

Publicado por acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

© del texto, Greg Milward, Chris Smith, 2018.

© de las ilustraciones: Erica Salcedo, 2018.

© de la traducción: Mireia Rué, 2018.

Páginas 179-180: referencia a Frozen. FROZEN®

es una marca registrada de Disney Enterprises Inc. © de la princesa Elsa y de los demás personajes de Frozen de Disney, Walt Disney Company, 2013

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: junio de 2018.

RBA MOLINO

REF.: MONL418

ISBN: 978-84-2723-117-7

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Para Sylvia Bushell

1920-2017

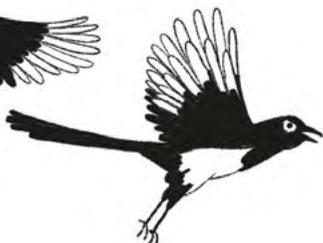
Una heroína de verdad





Una por tristeza,
dos por alborozo,
tres por una niña,
y cuatro por un mozo.

Cinco por plata,
seis por oro,
siete por un secreto
a guardar como un tesoro.





1

Los tesoros de Amasis

Dirigir a un equipo de superhéroes consagrados a la lucha contra el crimen es un asunto complicado, sobre todo cuando no puedes contárselo a tu madre.

«Y, lo que aún es peor —pensó Murph Cooper echándole un vistazo a su reloj—, cuando se supone que tienes que estar en casa a las ocho y media».

Su madre no había parado hasta que Murph le había prometido estar de vuelta antes de que llegara la cena que habían encargado para celebrar el final de las vacaciones de verano, pero ya eran las ocho menos veinte y él ni siquiera había dado los primeros pasos de la misión.

—¡Comienza el espectáculo! —exclamó, volviéndose hacia el resto de su equipo—. ¡Vamos allá!

Los cinco miembros de los Supercéroes enfilaron el camino de grava que tenían delante. Conducía a un imponente edificio de piedra. De uno de los pomos de latón de la doble puerta principal colgaba un enorme cartel.

Decía: **Museo cerrado.**

Murph guió a su equipo hacia un lado del camino, donde todos se agazaparon detrás de una enorme fuente ornamental.

—Es aquí —siseó lo bastante fuerte para que el ruido del chorrito de agua no ahogara su voz.

—¿Y bien? ¿A quién nos enfrentamos esta vez? —quiso saber Mary.

Los últimos rayos del sol se reflejaban en la superficie amarilla de su chubasquero.

—Supongo que, para variar, la unidad HALO no nos ha dado información útil.

Murph se sacó una especie de teléfono móvil del bolsillo y examinó la pantalla verdosa. Apareció un texto en la parte superior:

ROBO EN PROCESO... NEUTRALIZAD.

Justo debajo había un mapa con un símbolo intermitente en forma de rayo que señalaba la localización del museo; al lado, una diminuta S alada marcaba su posición. Ese teléfono se conocía como unidad HALO y era la única conexión que los Supercéroes tenían con la Alianza de los Héroeos. La señorita Flint, la directora general de la Alianza, se la había entregado hacía unos meses, el día en que se convirtieron en los

miembros más jóvenes de la legendaria y misteriosa organización.

Murph recordó ese momento. Ninguno de ellos sabía lo que les esperaba. ¿Qué ocurre en realidad cuando uno se convierte en superhéroe? ¿Hay una tienda especial a la que ir a recoger el traje? ¿Te entregan uno de esos fantásticos cinturones multiusos y una selección de artilugios? ¿Acaso viene a vivir contigo un mayordomo apergaminado dispuesto a darte consejo cuando este rollo de los héroes empiece a superarte emocionalmente?

Ahora Murph ya conocía las respuestas a todas esas preguntas, y eran —sin importar el orden— no, no y no.

En realidad, por lo que él sabía, el mundo de los héroes había cambiado un montón desde esa «Época Dorada» de hacía algunas décadas. Ahora, los héroes actuaban en la sombra por miedo a desatar el pánico en un mundo que se asustaba ante todo lo que fuera diferente o difícil de entender. Así que llevaban a cabo sus misiones en secreto con la escueta información que les proporcionaba la Alianza. No había multitudes aclamándolos, ni titulares en los periódicos y, por supuesto, tampoco trajes. Ese verano, sin embargo, la lucecilla verde de la unidad HALO había parpadeado en unas cuantas ocasiones: ¡la Alianza tenía una misión para los Supercéroes! Con o

sin traje, cada vez que había visto ese mensaje, a Murph le había dado un salto el corazón, como si fuera un corderito travieso.

—Solo dice que hay un robo en proceso —informó a Mary, sin apartar los ojos de la puerta principal—. Pero no podemos entrar por ahí: quienquiera que haya dentro nos descubriría al instante.

Era uno de esos días húmedos. Murph se despegó de la espalda la camiseta empapada en sudor mientras buscaba con la mirada otra posible entrada. En lo alto de un muro de piedra de color miel localizó una ventana que había quedado ligeramente abierta. El alféizar era bastante ancho y vio que parpadeaba la luz roja de una cámara de seguridad.

—Nellie —susurró Murph—: tenemos que librarnos de esa cámara.

El Céroe que estaba detrás del grupo levantó el pulgar sin decir palabra.

Nellie abandonó corriendo el escondite de la fuente, vestida con sus habituales tejanos medio rotos y su suéter amplio a pesar del calor. Se movió como un rayo, de un matorral a otro, para evitar que el objetivo de la cámara la descubriera y se escabulló tras el muro de piedra, levantando la mano, con la palma hacia arriba.

Las nubes que flotaban encima del museo empezaron a oscurecerse. Se oyó el retumbar de un trueno y, de pronto, un rayo serpenteó por el cielo hasta alcanzar la cámara, que cayó al suelo convertida en una lluvia de chispas. Otro rayo más pequeño se bifurcó hacia abajo y desapareció en la mano de Nellie, en la que bailaba una llama azulada.



La niña hizo un movimiento rápido con su mano resplandeciente como si cortara algo, e inmediatamente se llevó los puños a los ojos, a modo de prismáticos, para transmitirles a sus amigos el mensaje: «Adiós a la cámara». Ya sé que así escrito no tiene mucho sentido, pero tratad de hacer el gesto con las manos y entenderéis qué queremos decir.

—Buen trabajo, Nellie —dijo Murph, corriendo hacia ella acompañado de los demás—. Bien: ha llegado el momento de entrar.

Se volvió hacia Mary y preguntó:

—¿Quieres hacer los honores?

Su amiga asintió con la cabeza y se sacó un pequeño paraguas amarillo plegable del bolsillo del chubasquero. Luego apretó el botón de la empuñadura y exclamó:

—¡Cuidado!

—Oh, no... ¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema? —preguntó Billy, que solía ser la voz pesimista del grupo en situaciones como esa.

Mary lo miró, exasperada.

—¡Nada! Que cuidado con el paraguas —le explicó con toda la paciencia del mundo. Y enseguida los instó—: ¡Vamos, agarraos todos!

Billy le dedicó esa expresión universalmente conocida de labios fruncidos que significa: «Uy, lo siento».

Los Supercéroes se cogieron a la empuñadura del paraguas y empezaron a elevarse en el aire como... Bueno, la verdad es que es bastante difícil compararlos con nada. Eran como un ramillete volador de personas diminutas. Como cinco peces en forma de niño atrapados en un anzuelo. Sobre todo, parecían cinco niños colgando de un paraguas aéreo.

Mary los guio hacia el alféizar de la ventana.

—Bien. ¿Qué creéis que habrán venido a robar? —preguntó Murph mientras se elevaban en el aire. No hacía mucho



que había llegado a la ciudad y hasta entonces ni siquiera sabía que tuviera museo—. ¿Qué es lo más valioso que guardan aquí?

Los demás se encogieron de hombros.

—Creo que hay una exposición sobre la historia de los ralladores de queso o algo así —dijo Hilda, el quinto miembro de los Supercéros.

Mientras hablaba, sus rizos pelirrojos le hacían cosquillas a Murph en la nariz—. Ah, y me parece que tienen el fagot más antiguo de la región —añadió, emocionada.

Murph hizo una mueca.

—Dudo que nadie quiera robar nada de eso —replicó—. El ladrón más bien le haría un favor a todo el mundo llevandoselo. Bueno, entremos a echar un vistazo.

Los cinco Supercéros saltaron al alféizar y, uno a uno, fueron colándose por debajo de la ventana medio abierta. Estaban en una sala en penumbra, repleta de vitrinas en las que había expuesta una multitud de sombreros.

Exacto: en un museo en el que había una exposición dedicada a los ralladores de queso, habían tenido la mala suerte de ir a parar a la Sala de los Sombreros, la menos interesante del lugar y posiblemente de toda la Tierra.

—Este es el peor museo que he visto nunca —soltó Murph en voz baja, mientras leía el rótulo de la vitrina más cercana.

Este sombrero lo había llevado Sir Thomas Wimpole el día que su prima segunda se casó con el decimocuarto duque de Carlisle. Es un delicado ejemplo de los sombreros de los últimos tiempos de la época Regencia, confeccionado con el mejor pelo de nutria canadiense y ribeteado con piel de ratón. ¡Será posible, Murph! ¿Se puede saber qué haces aún leyendo esta chorrada?

Murph se dio cuenta de que las últimas dos frases no estaban escritas en el rótulo: Mary se las había susurrado al oído.

—Lo siento —dijo—, pero ¿quién querría robar nada de este museo?

—Los ladrones no están aquí por los sombreros... —empezó a decir Mary.

—Claro que no. ¿Quién llevaría sombrero con el calor que hace? —intervino Billy—. Te sudaría la cabeza.

—No, me refiero a que no vale la pena robar los sombreros, pero... —trató de aclarar Mary.

—¿Y qué me decís de este? —exclamó Hilda. Tenía la nariz pegada a otra vitrina—. ¡Es divino! ¡Un auténtico sombrero para caballo de la década de 1920! Tiene incluso los agujeros para que meta las orejitas.

Billy y Nellie se le acercaron. Incluso Mary empezaba a parecer interesada.

«Otro aspecto complicado de dirigir un equipo de superhéroes consagrados a la lucha contra el crimen —pensó Murph— es conseguir que no se distraigan con sombreros raros».

—¿Podríamos concentrarnos un poco, por favor? —les soltó entre dientes—. Mary estaba a punto de decir algo importante.

—Ah, sí —repuso la muchacha—. Decía que quienquiera que haya decidido robar este museo lo ha hecho... por eso. —Y señaló un póster muy colorido que había colgado cerca de la puerta.



Los Céroes se miraron unos a otros, levantando las cejas y soltando un **«Ooohhh»** colectivo que fue una impresionante manifestación de comprensión coordinada. Mary asintió con la cabeza, orgullosa.

Los cinco cruzaron la puerta con prudencia, mientras Hilda le dedicaba una última mirada anhelante al sombrero de caballo.

El rellano estaba a oscuras. Al final, sin embargo, había unas imponentes escaleras de piedra que conducían al segundo piso, de donde procedía el ruido apagado de pasos y una especie de tintineo: alguien estaba tramando algo, no cabía duda.

Murph se fijó en que un panel de la pared que despedía

una luz roja se volvía verde de repente. **SISTEMA DE ALARMA DESACTIVADO**, decía.

Murph les hizo señas a sus compañeros para que se acercaran a las escaleras. Cuando los Céroes asomaron la cabeza por encima de la barandilla, oyeron el susurro de varias voces y vieron la luz de una linterna moviéndose por el suelo del piso de abajo. La voz de una mujer decía: «Venid con la Tita, preciosidades...».

Murph sintió un escalofrío de terror, como si alguien le hubiera pasado un cubito de hielo por la espalda. ¿Qué tipo de ladrón se llamaba «Tita» a sí mismo?

Pidió silencio cerrando la cremallera imaginaria que unía sus labios y guio a su equipo escaleras abajo, en plena oscuridad...

Penelope Travers poseía una de las mayores colecciones de antigüedades egipcias del país. Bueno, legalmente hablando no la poseía, porque había robado la mayoría de las piezas, pero sí tenía una gran colección de antigüedades egipcias en su casa, en la mansión de su familia, y esa noche había planeado ampliarla.

Los ojos de la ladrona brillaban como los de un cerdo mien-

tras se paseaba por la sala, relamiéndose ante los brillantes tesoros que ocupaban las vitrinas del museo.

—¿Has desconectado la alarma, Hugo? —soltó.

—Sí, Tita —repuso con cobardía un joven elegantemente vestido que había estado ocupado toqueteando un panel de la pared—. Estamos listos para el *rock and roll*.

—No uses esa expresión tan ridícula —le ladró Penelope, agitándole en la cara un dedo rollizo cargado de anillos—. Y ahora dime: ¿dónde está mi otro sobrino? Ven aquí, rechoncho mío.

Una tercera figura apareció moviéndose con torpeza. Era un joven tremendamente entrado en carnes: su barriga luchaba contra su camiseta y le faltaba poco, muy poco, para ganar la batalla.

—¿Has traído las bolsas, Rupert? —preguntó ella.

—Sí —repuso el muchacho; no le gustaba demasiado hablar.

—Entonces ha llegado el momento de añadir algunas preciosidades a mi pequeña colección —suspiró Penelope Travers—. Y creo que empezaremos con ese minino de allí.

Se encaminó hacia el pedestal que había en el centro de la sala: exhibía la estatua dorada de un gato en cuyos ojos había incrustadas unas piedras preciosas verdes.

—¡Ven con la Tita! —dijo con persuasión, alargando una mano sudorosa.

Sin embargo, un ruido extraño la interrumpió. Era imposible, pero habría jurado que eran las pezuñas de un caballo diminuto andando por el suelo. La ladrona del gato volvió la cabeza: no había más que oscuridad.

Cuando se centró de nuevo en el pedestal, el gato dorado había desaparecido.

—¿Dónde está? —chilló Penelope fuera de sí, revoloteando alrededor de la peana, mirando por todas partes, como si el tesoro hubiera saltado como un gato auténtico y estuviera por allí cerca, lamiéndose el trasero.

Le pareció ver algo amarillo al fondo de la sala y entornó los ojos.

—Ahí hay alguien. **¡Ru-pert! ¡Cógelo!**

—Con mucho gusto, Tita —gruñó el chico, moviéndose con pesadez por encima del enorme sarcófago dorado que había al final de la galería. La etiqueta decía:

Momia del faraón Amasis

NO TOCAR

—No veo a nadie, Tita. Aquí solo hay una momia —gritó Rupert.

—Entonces ¡búscalos! —replicó la voz autoritaria de Penelope desde detrás de las vitrinas—. Tiene que haberse escondido en alguna parte.

Rupert se acercó poco a poco a la tumba, que estaba dispuesta en vertical, y alargó una mano para abrir la tapa y comprobar si había alguien acechando en el interior.

—Ven con papá, momia —murmuró para sí; enseguida se dio cuenta de que debería haber seguido siendo fiel a su silencio.

El sarcófago se abrió de repente y viejas vendas salieron volando por todas partes, como serpentinas en la más extraña

de las fiestas. Rupert se echó a gritar presa del pánico mientras los restos



del faraón Amasis salían disparados del ataúd y se abalanzaban sobre él hinchándose cada vez más.

Rupert se volvió y echó a correr hacia la puerta de la sala apartando a su tía del camino y bajando las escaleras como una exhalación.

Desde detrás de la tumba, Billy miró a Murph, que le levantó un enorme pulgar desde su escondite, a la sombra de una esfinge.

Hugo, el otro sobrino de Penelope Travers, había contemplado horrorizado la huida de su hermano más corpulento. El chico dio un paso decidido hacia la puerta, pero su tía lo detuvo.

—No tan deprisa —le ladró—. No he venido hasta aquí para irme sin esas preciosidades. **¡Vuelve ahí y tráeme algo brillante! ¡VAMOS!**

Huelga decir que, después de lo que había visto, a Hugo le daba pavor que las momias empezaran a hincharse de nuevo,



pero aún lo aterraban más las tías chillonas. Así que avanzó poco a poco con la esperanza de poder robar algo y salir de allí enseguida. Sus ojos se posaron en un jarrón de metal que estaba en lo alto de un mueble expositor. Decidió cogerlo, pero cuando alargó el brazo, una mano asomó por la parte trasera del jarrón y lo tocó al mismo tiempo que él. La superficie de metal enseguida se cubrió con finísimas líneas eléctricas azules que se entrecruzaban unas con otras y el cuerpo de Hugo se sacudió y bailó, atravesado por la fuerza del rayo que Nellie se había guardado. El chico apartó rápidamente la mano y corrió escaleras abajo detrás de su hermano, como alma que lleva el diablo.

—¡Atajo de inútiles! —soltó para sí Penelope, indignada, enderezando los hombros—. Bueno, tal como dice el viejo dicho: si quieres un robo bien hecho, háztelo tú.

A continuación, se encaminó hacia la vitrina más cercana. Allí había expuesta una colección de estatuas de animales: cocodrilos, gatos, serpientes y, en primera fila, dos caballitos.

—¡No des ni un paso más! —le gritó una voz a sus espaldas. Penelope se volvió.

Un muchacho estaba plantado en la puerta, con las manos en las caderas, en la internacionalmente conocida postura de los héroes. Tenía el pelo alborotado y llevaba unos tejanos que

daban pena, pero la fulminaba con una expresión gélida en los ojos y sin apenas parpadear.

—Y ¿quién se supone que eres tú, mequetrefe? —croó la ladrona con arrogancia.

—No sé lo que significa eso —dijo Murph—, pero tu pequeña salida a comprar se ha acabado.

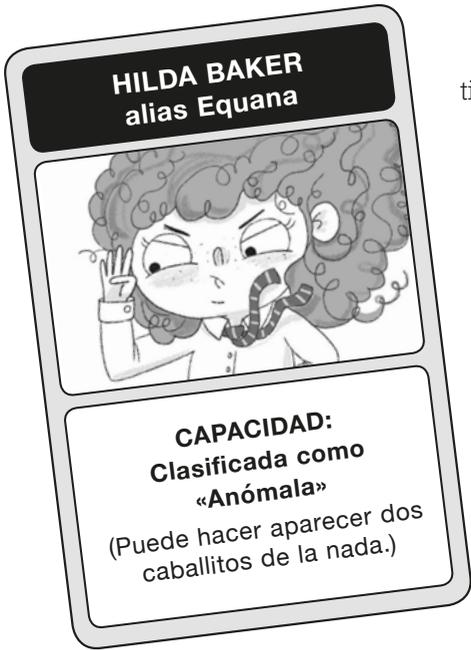
—Oh, no lo creo. —Penelope trataba de ganar tiempo—. De hecho, pienso largarme de aquí con estas estatuillas antiguas. Y no podrás hacer nada para evitarlo.

Metió la mano dentro de la vitrina y, después de coger los dos caballitos, salió corriendo hacia la puerta.

En cuanto alcanzó las escaleras, decidió detenerse para saborear su momento de triunfo. Ahora que sabía que el responsable de todo ese caos había sido un muchacho esmirriado, estaba convencida de que llegaría a su mansión a tiempo para tomar el té, y con las dos estatuillas egipcias en la mano.

—Vamos, caballitos —entonó, sosteniendo una de las figuras delante de la cara—. Alejémonos al galope, dejemos atrás a ese extraño muchacho escuchimizado.

Penelope cayó entonces en la cuenta del extremo realismo de la estatua y, de repente, el caballo se abalanzó hacia ella y le mordió la nariz con todas sus fuerzas. La ladrona soltó un grito y arrojó la figurita bien lejos.



—¡Ten cuidado! —le advirtió una voz cercana.

Hilda apareció entonces de detrás de la vitrina y se abalanzó sobre el caballo, que estaba tendido en el suelo de piedra.

—Ártax, ¿estás bien? —susurró. El animalillo soltó un relincho reconfortante, y Hilda fulminó a Penelope con la mirada y le soltó—: **¡No**

consiento que nadie les haga daño a mis caballos!

Penelope se dio cuenta de que aún tenía el segundo caballito en las manos, y pegó un grito escalofriante cuando el animal hizo una pirueta y la mandó escaleras abajo de una patada en la barbilla: la ladrona cayó agitando los brazos mientras su rostro temblaba como un flan de gelatina encima de una lavadora.

Los cinco Supercéroes se reunieron en lo alto de las escaleras para contemplar a la ladrona ya inconsciente.

—Buen trabajo, Hilda —la felicitó Mary, bajando del techo.



Con una mano agarraba el paraguas y con la otra la estatua del gato dorado—. Y buen trabajo con la momia, Billy.

El muchacho sonrió.

—Ha sido idea de Murph —admitió.

—Nuestras mejores ideas suelen serlo —dijo Mary. Todos se volvieron hacia su líder.

MURPH COOPER
alias Supernormal



CAPACIDAD:
Ninguna
(Líder de los
Supercéroes)

Murph se sonrojó y se acercó la unidad HALO a los labios.

—Alianza, venid. Aquí Supercéroes. Sospechosos del museo neutralizados. Por favor, informad a la URGC.

Murph cerró la transmisión y miró a sus amigos, satisfecho por el trabajo bien hecho.

—Recibido, Supercéroes —dijo una voz tranquila desde la unidad—. La policía lle-

gará enseguida. Despejad el lugar del delito y desapareced. Buen trabajo.

Cuando la comunicación se cortó, Murph le echó un vistazo al reloj: eran las 8:25.

—¡Ahhhh! ¡Llegaré tarde a la cena!

Mary le sonrió y flumbeó el paraguas hacia él.

—¿Quieres que te lleve?

Fuera del museo, un par de agentes empujaba a Penelope Travers hacia el interior de una camioneta de la policía.

—Pero ahí dentro había varios niños —farfullaba—. Al menos dos. Una tenía poderes eléctricos. ¡Y la otra, caballos! ¡Caballos diminutos! ¡Uno me ha golpeado!

—Sí, tranquila, ahora mismo lo investigaremos —se burló el agente de policía que al cabo de unas semanas sería premiado con una medalla por haber capturado a una de las ladronas de gatos más tristemente célebres del país—. Llamaremos a los detectives de caballitos para que se ocupen del caso, no se preocupe. De momento, entre usted en la camioneta.

El policía la ayudó a subir al vehículo mientras Penelope seguía quejándose, y no vio la mancha amarilla que levantó el vuelo desde el alféizar de la ventana superior y desapareció en el interior de una nube cercana.

Murph se fijó en las gotas de condensación que brillaban en la bufanda de lana de Mary y sus cabellos mientras los dos sobrevolaban la ciudad atravesando las nubes. Su amiga sujetaba el paraguas con una mano y, con el otro brazo, rodeaba a Murph por la cintura. A lo lejos, hacia el oeste, el sol poniente había empezado a teñir de rosa los bordes de las nubes. La imagen hacía pensar en una bandeja gigante de puré de patatas espol-

voreado con un fino azúcar sabor a fresa —lo cual, aun pareciendo asqueroso, era muy hermoso.

Sin embargo, Murph se sintió algo incómodo. Desde que Mary lo había agarrado con fuerza de la mano y se lo había llevado volando para evitar que muriera aplastado contra el asfalto, hacía ya unos meses, tenía la sensación de que su medidor de incomodidad marcaba unos cuantos puntos más cada vez que estaban a solas. Y ahora, flotando en silencio por encima de las nubes rosadas, ese marcador corría el peligro de subir al máximo, hasta el nivel once.

Para suavizar la tensión, preguntó:

—Esto... ejem... ¿cómo te va el nuevo paraguas? Creía que ya no necesitabas ninguno para volar.

—Bueno, aún me resulta más fácil con paraguas. Me ayuda a concentrarme, si es que eso tiene ningún sentido —respondió Mary sin darle importancia.

A Murph no le parecía que tuviera ninguno, pero estaba tan contento de haber roto el silencio que soltó una risita nerviosa, como un relincho, sin ninguna razón en especial.

Mary lo miró con complicidad.

—Bueno, basta ya de charla. Ya llegas tarde.

Y, dicho esto, descendió hacia las nubes espolvoreadas de rosa.

Justo a las ocho y media, la madre de Murph se encaminó a grandes zancadas hacia la puerta de la casa y miró calle abajo visiblemente enfadada.

—**¡Murph!** —gritó en el aire nocturno.

—¿Sí? —trinó una voz inocente a sus espaldas.

La mujer se volvió y vio a su hijo menor bajando las escaleras como un duende despreocupado que llevara horas en casa.

—Oh... No te había oído llegar —repuso, confundida—. Bueno... Vamos, es nuestra última cena de las vacaciones. Entra antes de que tu hermano se zampe todas las galletas de gamba.

—¡Guárdame alguna, Andy, elefante avaricioso! —gritó Murph, corriendo hacia la cocina.

«Ha sido una buena noche —se dijo—. Hemos abortado el robo y he llegado a casa a tiempo de comerme una ración de pollo al limón. Puede que eso de ser un héroe tampoco sea tan complicado».

No podía estar más equivocado.



MUY LEJOS DE ALLÍ, un hombre vestido de negro estaba sentado en el suelo rocoso de su celda, escuchando.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada, y ajustaba su oído supersensitivo como si fuera una radio, escaneando el mundo que tenía por encima. Escuchaba las palabras que se pronunciaban a kilómetros de allí y las pasaba por un tamiz, como si fueran lodo, en busca de pepitas de oro que pudiera usar para forjar un plan para escapar.

Llevaba años sin escuchar nada que le sirviera. Pero algo había cambiado por fin. Lo había notado en el aire salado, como la subida de una marea distante.

Había llegado la hora. La hora de reemprender su trabajo.

El hombre de negro abrió sus ojos crueles, alargó una mano pálida y larguirucha y cogió una piedrecita.

Parecía un pájaro viejo y encorvado en esas ropas negras harapientas. Se inclinó hacia delante y usó la piedra para escribir algo en el suelo de granito. El chirrido que produjo fue espantoso, pero en la celda no había nadie más que pudiera oírlo. Llevaba encerrado allí solo desde hacía treinta años.

Pero eso estaba a punto de cambiar.

No se detuvo hasta que estuvo rodeado de letras: grandes, desiguales, blancas.

Oyó el sonido de la cámara al ajustar el foco sobre su men-

saje. Lo mandaría a una pantalla situada en algún lugar de ese mundo que tenía encima.

El mensaje escrito en la piedra decía:

**ESTOY LISTO PARA HABLAR.
TRAE DME A SUPERNORMAL.**

2

El antílope emocional del señor Flash

El primer día del trimestre, un encantador reyezuelo despertó al señor Iain Flash a las cinco de la mañana. El pajarillo se había posado junto a la ventana de su dormitorio, en una ramita revestida de rocío, y trinaba una delicada melodía, como si le diera la bienvenida a un hermoso nuevo día.

**-¡CÁLLATEEE
EEEEEEEEEEEEEE!**

—chilló el señor Flash directamente en plena carita inocente del pobre animal.

El reyezuelo cayó al suelo, aturdido. (Aunque, para los amantes de los pájaros, añadiremos que se recuperó por completo.)

El señor Flash se encaminó airado hacia la cama, pero se golpeó el dedo del pie con una enorme mancuerna que tenía en el suelo. El hombre se miró entonces en el espejo y se acicaló su generoso bigote pelirrojo con un peine especial para bigotes. A continuación, empezó sus ejercicios matutinos. Co-



menzó con cincuenta flexiones de brazos y cincuenta saltos, y luego bajó las escaleras a toda prisa para ir a correr, como cada mañana.

Salió dando un portazo y miró enfadado el sol naciente,

con los ojos entornados, como si el astro tratara de molestarlo con sus rayos hirientes. Y entonces, de repente, desapareció: había hecho un esprint calle abajo, dejando una estela de polvo tras de sí.

El señor Flash era uno de los profesores de la escuela de Murph. En realidad, era el profesor que menos le gustaba, porque nunca desaprovechaba la oportunidad de meterse con él por no tener superpoderes (o capacidades, tal como los llamaban en el mundo secreto en el que Murph había ido a parar). La capa del señor Flash, como estaba demostrando esa mañana con su esprint, era la supervelocidad.

Al cabo de cinco minutos, el señor Flash volvía a estar delante de la puerta de su casa, con la cara roja y el cuerpo sudoroso.

El reyezuelo, que ya se sentía mucho mejor, lo miró con inquietud asomando la cabeza desde detrás de la esquina de la casa. No se atrevió a piar nada hasta que el profesor hubo entrado por la puerta; entonces soltó un tímido **pip**, que en realidad es una palabra muy soez, pero, por suerte, ninguno de vosotros habla el idioma reyezuelo. En caso de que lo habléis, no la repitáis en casa: nos causaríais un montón de problemas. Lo cual sería una pesadilla de **pips**.

El señor Flash iba ahora de un lado a otro de su impecable

cocina, buscando los ingredientes necesarios para prepararse un enorme batido de proteínas de acuerdo con la siguiente receta:

Batido matutino del señor Flash

5 huevos crudos

8 plátanos

1/2 litro de leche

Un puñado de semillas de lino
(que él llamaba «semillas Flash»
en privado)

200 g de carne picada cruda

1 cebolla roja

1/2 aguacate

Esto tampoco deberíais probarlo en casa. Es asqueroso. El señor Flash, sin embargo, se lo tragó. Cuando terminó, se limpió los labios con el reverso de la mano y soltó un eructo que sonó como el de un elefante adulto... y apestó igual.

El señor Flash estaba impaciente por retomar las clases. Se encargaba de dar la asignatura llamada «Entrenamiento de capacidades», o «EC». Su cometido era ayudar a que sus alum-

nos desarrollaran y controlaran sus capas y, para eso, había que gritarles mucho. Esa era la parte del trabajo que más le encantaba.

Tras su primer año en La Escuela, los estudiantes se repartían en dos clases. El señor Flash se ocupaba de los que llamaba con orgullo «el grupo de los buenos» —los estudiantes que tenían capacidades poderosas y útiles y que, un día, tal vez podrían unirse a la Alianza de los Héroeos—. Tras meter un par de rebanadas de pan en la tostadora y poner a calentar la tetera, el profesor se retorció su bigote pelirrojo, satisfecho por no tener que encargarse de la otra clase, la de los «restos», tal como la llamaba él.

«¿Chicos con capacidades extrañas? Menuda pérdida de tiempo. ¿Caballitos? ¿Hinchar las manos como globos? ¡Bah!».

Mientras disponía los cubiertos en una bandeja, sus pensamientos se centraron en los estudiantes que menos le gustaban (como ya debéis de haber adivinado, eran Murph y los demás Supercéroes). El año anterior, cuando Néktar, un hombre-avispa chiflado, había atacado La Escuela y había capturado o controlado mentalmente a todo el mundo, Murph y sus amigos habían salvado la situación. Sin embargo, en lugar de estar agradecido, el señor Flash no podía soportar la idea de lo que había ocurrido. En realidad, lo que sentía estaba muy lejos del agradecimiento, tanto

que si Agradecimiento hubiera sido un pueblecito cercano a Sydney, Australia, el señor Flash se habría encontrado en los alrededores de Birmingham, Inglaterra.

Y, para empeorar aún más las cosas, la actuación de los Superéroes les valió convertirse en miembros de la Alianza de los Héroeos, un privilegio muy inusual.

«Se han vuelto locos: ¿qué demonios estarían pensando?», barruntó el señor Flash hecho una furia mientras se servía una taza de té. Es difícil preparar té cuando te subes por las paredes, pero él lo consiguió.

En cuanto tuvo lista la bandeja del desayuno, volvió a salir afuera. El reyezuelo estaba olisqueando una flor en el césped del jardín.

-¡APARTAAA, GALLINITA MARRÓN...! ¡O lo que seas! —bramó el señor Flash.

El reyezuelo levantó una de las cejas con sarcasmo y, cuando el señor Flash arrancó la flor, se la llevó a la cocina para meterla en un jarroncito y adornó con ella la bandeja, emprendió el vuelo.

—¡Iain! ¿Dónde está mi desayuno?
—chilló de repente una voz desde arriba.

—¡Ya va, mamá! —respondió el señor Flash.

Todavía con los Supercéroes en mente, el hombre soltó un último resoplido de rabia, cogió la bandeja y subió las escaleras.

A las ocho en punto, el señor Flash apareció en el patio delantero de la escuela después de recorrer en tres minutos los doce kilómetros que la separaban de su casa: no solo había superado su propio récord de velocidad, sino que había evitado que nadie detectara su presencia. Se sorprendió al encontrar al señor Soperman, el director de La Escuela, esperándolo junto a la verja de la entrada, luciendo una elegante chaqueta y una sonrisa torcida.

—Buenos días, Flash —lo saludó Soperman; sus dientes y su cabello engominado despedían un brillo heroico.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —replicó el señor Flash con brusquedad.

La sonrisa del director se torció un poco más. De haber estado más cerca, habríais oído un leve sonido chirriante.

—Bueno —empezó a decir, invitando al señor Flash a acompañarlo a cruzar el patio delantero de La Escuela, a esas horas aún desierto—, solo quería mantener una charla antes de que las clases comiencen. Nada importante, nada de lo que debas preocuparte.

Os daré un consejo que os ayudará en el futuro, en vuestro lugar de trabajo. Cuando vuestro jefe os diga que no hay nada de lo que debáis preocuparos, empezad a preocuparos enseñada; es más, aceptad el hecho de que vuestra vida está a punto de arruinarse. El señor Flash se puso en guardia al instante, como un antílope que hubiera olfateado la presencia de leones hambrientos en la suave brisa africana.

—Me quedé muy, pero que muy impresionado por tus clases del año pasado... —prosiguió el señor Soparman.

Cuando tu jefe te dice que no te preocupes y, acto seguido, te suelta un cumplido, la señal de que tu mundo está a punto de implosionar es aún más clara.

—Y, teniendo eso en mente —continuó el director—, haremos unos pequeños cambios.

El señor Flash se sintió entonces como un antílope que acababa de meter la pata en un agujero enfangado justo cuando lo perseguían ocho leones hambrientos.

—Pero... Pero... ¿sigo siendo el profesor de EC? —bramó, mientras su bigote se agitaba, ansioso.

—Oh, sí, sí, sí, claro —lo tranquilizó el señor Soparman—. Sí, sí, sí, sí, en efecto. —Lo estaba repitiendo en exceso—. Era justo de tu clase de lo que quería hablarte. Del grupo de los buenos.

El antílope emocional de Flash sintió el primer mordisco de los dientes del león en su trasero antilopeano. Siempre había sido un profesor extremadamente protector con su grupo de estudiantes y no soportaba que nadie tratara de interferir. Algo que, tal como anticipó con acierto, el señor Soparman estaba a punto de hacer.

—Sé que siempre has, ejem, insistido mucho en querer seleccionar personalmente a los estudiantes del grupo de los buenos, a partir de los resultados del TADC —prosiguió el director. Se refería al Test de Aptitud del Dominio de la Capacidad, una aterradora pista americana que debían superar los alumnos de primero; era el momento culminante del año del señor Flash—. Pero creo que los acontecimientos del último trimestre demostraron que el TADC no es el mejor modo de identificar a los estudiantes con potencial para la Alianza. Al fin y al cabo, los Supercéroes se han convertido en los estudiantes más jóvenes admitidos en la Alianza de los Héroeos y los resultados de su TADC habrían sido pésimos... si ese, ejem, tipo-avispa no lo hubiera interrumpido.

El señor Flash hizo un ruido extraño, como una aspiradora llena de nata batida que, en lugar de aspirar, estuviera programada para expulsar.

-¿ESOS? —espetó con desprecio—. Ese montón de... de... ¿alubias a medio hervir? ¡Nunca serán héroes! Nunca...